

# El plan económico marca las elecciones brasileñas

Danilo TRELLES

26/ julio/86

Los efectos del plan de estabilización económica del Brasil, conocido como El Plan Cruzado aparecen indisolublemente ligados con el desarrollo de la campaña electoral que conduce a la creación de la Constituyente en octubre de este año, asamblea competente para decidir una serie de cuestiones vitales para la suerte del país. Entre ellas la duración del mandato del presidente Sarney, la convocatoria a las primeras elecciones directas, y la sanción de una nueva carta magna, en cuyo proyecto trabaja desde hace tiempo una comisión de especialistas. Por esta razón las alternativas del Plan Cruzado han sido seguidas con lógica expectativa, tanto por los diferentes partidos políticos, como por los candidatos cuya suerte se juega paralelamente con los resultados del programa económico.

No puede ocultarse que la primera reacción de ese programa significó un fantástico ascenso de la popularidad del presidente Sarney, que de un rol oscuro, casi de usurpador del poder, ya que su nominación fue el resultado accidental de la desgraciada desaparición de Tancredo Neves, pasó a transformarse en un líder de primera magnitud.

Sólo el gobernador de Río de Janeiro, Leonel Brizola, el líder del Partido de los Trabajadores Luis Ignacio Lula y el legendario Luis Carlos Prestes, denunciaron el carácter demagógico del plan y los riesgos que asumía una campaña populista que transformaba al pueblo en fiscales de una situación en la que no se habían modificado ninguno de los elementos de una estructura de libre mercado basada en un régimen de usura y de manipulación de la oferta.

Las lógicas reservas de los especialistas han comenzado a operarse lenta pero implacablemente. Los síntomas resultan ahora alarmantes: casi todos los productos de primera necesidad como leche, carnes, frijoles, huevos o arroz —alimentos esenciales del consumo popular— han desaparecido del mercado. Para obtenerlos es necesario pagar sobreprecio, con lo que se ha producido una

especie de selección del mercado consumidor al que sólo acceden las capas de la población con más alto poder adquisitivo. Los más pobres han tenido que resignarse a las condiciones impuestas por el mercado: escasez de productos y venta manipulada: el kilo de 800 gramos, cigarrillos de 90 milímetros en lugar de 100, papel higiénico de 30 metros y no de 40 que era su dimensión normal. A todo esto se agrega la baja calidad de los productos y otras marrullerías propias del momento.

Encima de todo, la baja del poder adquisitivo de los salarios. Cuando se produjo la congelación de precios al día que fue promulgado el decreto, en uno de los topes de la inflación, se estipuló también la congelación de los salarios pero fijando el promedio de los últimos seis meses. Esto establecía, desde el mismo momento de ponerse en marcha el plan, un decrecimiento en el poder adquisitivo del 13 por ciento. Por efectos de la especulación que se está produciendo en el mercado, esta pérdida ha ido creciendo. Otro de los problemas aparejados por el plan ha sido el aumento de la desocupación. En algunos sectores, como el bancario los efectos han sido devastadores. Más de 40 mil empleados han sido despedidos y el goteo prosigue no sólo en ese sector, sino en el del comercio que, al reducirse sus depósitos de alimentos, han acudido también al recurso de los despidos.

Encima de todo 1986 será un año de vacas flacas. La caída de la zafra agrícola superará los 6 millones de toneladas.

El acaparamiento de alimentos resulta alarmante a pesar de todas las medidas de represión fiscal y el gobierno ha anunciado compras masivas de alimentos en el exterior para remediar la escasez. Las medidas, sin embargo tardan en concretarse. Para no tener que reaccionar de hecho los alimentos o depender de las reservas internacionales, guardadas para el pago de los intereses a la banca extranjera, el gobierno parece inclinarse a cortar la comida de los trabajadores manteniendo el subconsumo. Un reciente estudio de una especialista, Vera Brandimarte, revela que el consumo por habitante de alimentos básicos como carnes, frijoles o arroz, ha sufrido un 26 por ciento de reducción en el año 1985.

De qué manera estos problemas pueden incidir en las próximas elecciones de octubre para la Constituyente, es un fenómeno que todavía no se revela muy claramente. El síntoma por ahora es el de continuo trasiego de fuerzas entre los partidos del gobierno que no parece encontrar las vías para la corrección de un plan que se anunció casi revolucionario, y la realidad de unas estructuras políticas anquilosadas en antiguos sistemas todavía fieles a una economía de mercado que, en los pueblos más pobres encuentran por contraste las vías más fáciles para la especulación y el incremento de beneficios.

En la perspectiva de que la oposición sepa canalizar los descontentos que comienzan a estallar por todos lados, residen sus mejores cartas para lograr el dominio de la Asamblea Constituyente y a través de ella trazar un panorama más consistente para el desarrollo del país.

Falta todavía en esa oposición coherencia en los principios y claridad en los caminos que se ofrecen. En Brasil, todavía los políticos confían más en los acuerdos de cúpula, a puertas cerradas, que en un discurso abierto a un pueblo ávido de cambios, ya que éste puede llegar a exigirles que éstos sean más radicales que los que ellos están dispuestos a concederles. Esta situación ha sido sin embargo permanente en la vida del país y es posible que pueda volver a repetirse.